

porque, ¿qué títulos puede ostentar el hombre para hacer excusable su soberbia despues que el mismo Dios se humilló, y como dice el Apóstol, *se anonadó, obedeciendo hasta padecer muerte de cruz?* ¿Eres poderoso? Jesucristo era el Verbo y el poder eterno con que se sacaron de la nada todas las cosas. ¿Eres príncipe, eres grande en el mundo? Jesucristo era el príncipe de paz, el rey pacífico, el que tiene su imperio sobre su hombro, el monarca de los monarcas, y el señor de los señores. ¿Tienes abundancia de riquezas? Jesucristo poseía todos los tesoros del Eterno Padre; á él le dió esta toda la potestad sobre los cielos y la tierra. ¿Eres sabio? Jesucristo era la misma eterna sabiduría por esencia. ¿Eres noble? ¿haces ostentacion de una prolongada serie de ascendientes gloriosos? Jesucristo era de la sangre real de David en cuanto hombre, y en cuanto Dios es hijo del Eterno Padre. ¿Te ensoberbece esa hermosura de cuerpo que posees sin haber hecho diligencia alguna para adquirirla? Jesucristo es el mas hermoso y agraciado entre todos los hijos de los hombres, como dice el real Profeta. Sin embargo de todo esto, Jesucristo se humilla, y se humilla hasta morir; ¿qué deberás tú hacer? Avergonzarte de haber sido soberbio, y proponerte para lo sucesivo al mismo Hijo de Dios por ejemplar. *Cuanto mas ensalzado te halles sobre los demás hombres, dice san Agustin (1), tanto mas debes humillarte; la gloria del honor consiste en la virtud de la humildad.* Sin esta virtud no puedes decir que eres cristiano; y así dice el mismo santo Padre: *Si me preguntas, ¿qué es lo primero en la religion y ciencia de Cristo? Respondo, la humildad es lo primero. Si preguntas, ¿qué es lo segundo? Respondo, la humildad; ¿cuál es lo tercero? la humildad.* Así da á entender la necesidad de esta virtud para la

(1) Serm. 215

vida cristiana, y así hace ver que sin ella no puede subsistir el edificio de la gracia, ni llamarse ninguno verdadero cristiano. Siendo esto así, conoce cuán errada caminas, pretendiendo los privilegios de tan augusto nombre, siendo tan altanero en tu conducta. De aquí en adelante es preciso moderar ese genio altivo con que quieres avasallar á tus semejantes; es menester tratar con mas amor y dulzura á tus familiares, á tus criados y dependientes; es preciso ceder de tu opinion, y no querer que todos hayan de sujetar sus luces á tu modo de pensar; es necesario mirar á los pobres con ojos menos desdeñosos, y respetar en ellos todos los derechos de la naturaleza; es absolutamente necesario que entres dentro de tu corazon, que reconozcas tus defectos, que te confieses inferior en el tribunal de la verdad á aquellos que desprecias, y que convencido de todo esto imites y aprendas de aquel que dice (1): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* De otra manera, teme la abominacion y execracion de Dios, que contra los soberbios tiene fulminada el Espiritu Santo en las sagradas Escrituras (2), y mira que Dios siempre cumple sus palabras.

---

## DIA DIEZ Y OCHO.

SAN FÉLIX DE CANTALICIO, CAPUCHINO.

San Félix, llamado de *Cantalicio* del lugar de su nacimiento, lo tuvo el año de 1513 en una corta poblacion del mismo nombre, perteneciente al territorio de *Cita Ducale* en la provincia de Umbria. Sus padres fueron pobres, pero temerosos de Dios. Llamábase

(1) Matth. 11. — (2) Proverb. 8.

su padre Santo de Carato, y su madre Santa, ó porque fué este el verdadero nombre de los dos, ó porque lo merecieron por su virtud y vida ejemplar. Habiendo logrado Félix ser hijo de unos padres que se llamaron Santos, él lo fué casi desde la cuna, así por la inocencia bautismal, que jamás perdió, como por su ardiente amor de Dios y su tierna devoción á la santísima Virgen.

Por su pobreza se vió obligado desde niño á guardar ovejas en el campo; y grabando una cruz en el tronco de una encina, se ponía de rodillas delante de ella, rezaba muchos rosarios al día, y no pocas veces pasaba en oración una parte de la noche.

Luego que se sintió con fuerzas bastantes para cultivar la tierra, se puso á servir á varios labradores. En casa de uno de estos amos oyendo leer en cierto día la vida de los santos, y singularmente de aquellos solitarios que pasaron toda la suya en el desierto entregados al ejercicio de la oración y de la penitencia, concibió un encendido deseo de imitarlos; y preguntando si había todavía en el mundo aquella especie de hombres extraordinarios, le respondieron que sin ir muy lejos á buscar esos hombres muertos al mundo y crucificados, encontraría en la religión de los padres capuchinos todos aquellos ejemplos de virtud que se habían hecho admirar mas en esos santos anacoretas.

No necesitó mas informe. Voló luego al convento de *Cita Ducale*, y pidió el santo hábito. El guardian para probar su vocación, le hizo una horrorosa pintura de la mortificación y de la penitencia que pedía la santa regla, y mostrándole despues un crucifijo todo ensangrentado, le añadió: *Este es el modelo á que debe conformar su vida un capuchino*. Así la vista de aquel sangriento espectáculo, como la instrucción del fervoroso prelado, traspasaron el corazón del

pretendiente, y hecho un mar de lágrimas, se arrojó á los piés del padre guardian, poniendo al cielo por testigo que ni iba allí á otro fin ni aspiraba á otra cosa que á una vida del todo crucificada. Admirado el guardian de su fervor, le recibió para fraile lego, y le envió al convento de Ascoli á hacer su noviciado. Era á la sazón de veinte y ocho años, y desde el primer día conocieron todos á qué heróico grado de santidad había de llegar presto aquel novicio.

Aun no hacia mas que veinte años que Dios había suscitado en su Iglesia aquella nueva reforma del orden seráfico de san Francisco, y ya estaba extendida por todo el universo, haciendo revivir los antiguos prodigios de abnegación, de desnudez, de penitencia y de humildad que se admiraron en los primeros siglos. Ya aquellos zelosos misioneros, poderosos en obras y en palabras; ya aquellos invariables defensores de la fe, enemigos de toda novedad; ya aquellos héroes de la pobreza evangélica, venerados en los pueblos, y respetados hasta de los mismos enemigos de la religión, edificaban entonces, como edifican hoy, á todo el mundo cristiano con su fervor, con su religiosa observancia y con su vida ejemplar.

En tal escuela fácil es comprender los progresos que nuestro santo haría en la virtud. Asáltóle en el noviciado una calenturilla lenta, que por su duración hubiera precisado á los superiores á despedirle como inútil y sin fuerzas para los penosos ejercicios de su estado, si las pruebas que había dado de su eminente santidad, no hubieran podido prevalecer á los prudentes temores que se tenían de su quebrantada salud. Recobrada esta, le enviaron al convento de Roma con el oficio de limosnero, el que ejerció por espacio de cuarenta años con tanta edificación, con tanta modestia, con tanto recogimiento interior, con tanta

mortificacion y con tanta humildad, que en la bula de su beatificacion se hace muy amplia mencion de las virtudes que ejercitó en este oficio.

Los mas disolutos se contenian en vista de su afebilidad y de su modestia. Su humilde y religiosa compostura, la virtud retratada en su semblante, su circunspeccion y sus palabras hacian impresion en los corazones, y convertian á muchos obstinados pecadores. Salia por la ciudad con los ojos bajos, con el rosario en la mano, el corazon en Dios, y con un devoto silencio. Algunas veces decia al compañero : *Buen ánimo, hermano; los ojos en tierra, el espíritu en el cielo, y en la mano el santísimo rosario.* Era su oficio pedir el pan y el vino para la comunidad; y cuando volvía al convento cargado de pan y con el vino sobre sus hombros, solia decir con gracia : « Entré capuchino con ánimo de no probar el pan ni » el vino en toda mi vida, y Dios para probarme ha » querido hacerme como dueño de todo el vino y de » todo el pan que hay en Roma. »

Y era así, que aquella misma abundancia que introducía Félix en su convento, á él solo le servía para aumentar el mérito de su mortificacion y de su abstinencia. Ni una ni otra parece podían subir á mas alto punto. Jamás condescendió en cosa alguna con el gusto y con la inclinacion de sus sentidos. Ayunaba á pan y agua las tres cuaresmas de su seráfico padre san Francisco, y no comía sino los mendrugos de pan que dejaban los frailes; su cama era una manta sobre una tarima, su cabecera un ház de sarmientos, y el sueño nunca pasaba de tres horas; tomaba cada noche tres crueles disciplinas, y no se quitaba el cilicio. Siendo su oficio tan penoso, especialmente los últimos años de su vida, en que el cuerpo debilitado con los trabajos, extenuado con las penitencias y consumido con las enfermedades, apenas podia sos-

tenerse, ni por eso admitió jamás el menor alivio. Hallándose un dia en el palacio del cardenal de Santa Severina, protector de la órden, dijo el compañero á su Eminencia que mandase á fray Félix descargar la limosna que tenia sobre los hombros; y preguntado Félix por el cardenal qué le parecia, respondió : « Señor, el soldado ha de morir con la espada en la » mano, y el asno con la carga á cuestras; añadiendo : No permita Dios que yo alivie jamás á un » cuerpo, que solo es de provecho para que se le » mortifique. »

Siendo tan austero para consigo, era excesivamente blando y dulce para con todos los demás; causando admiracion que un hombre por su nacimiento humilde, y por su crianza rústico, pues al fin se crió entre las ovejas y los terrones, fuese de unos modales no solo atentos, sino urbanos y cultos. Su zelo era encendido, pero siempre moderado, prudente y humilde, sin traspasar jamás los límites de su estado, corrigiendo en tono de ruego, y no con aire de aviso, consejo ó advertencia. Tuvo noticia de la mala disposicion en que estaban ciertos jóvenes; buscólos, arrojólos á sus piés, y les dijo con las lágrimas en los ojos : *Hermanos míos, os pido por caridad que tengais lástima de vuestras almas;* palabras con que apagó el fuego de sus pasiones, y los convirtió.

Era sencillo, pero no grosero; antes en su misma sencillez se descubria delicadeza, genio y buen gusto. Estando en casa de un magistrado á quien acababan de regalar una ternera, comenzó á mugir el animalito, y vuelto fray Félix al magistrado, le dijo sonriéndose : « ¿Sabe V. S. lo que quiere este pobre animalito? » pues le pide una sentencia favorable para el que se » lo regaló. » Sus reflexiones eran justas, y siempre muy al alma. Mostrábase un célebre abogado su copiosa librería, en medio de la cual habia un devoto

crucifijo; y preguntando á fray Félix qué le parecia de aquella multitud de libros, respondió: *Paréceme que todos estos libros solo deben servir para estudiar y entender bien este libro grande* (señalando al crucifijo) *que es el compendio de la ley, y debe ser la regla de nuestra vida.*

Sabiendo que un dia de carnaval concurría una inmensa multitud de gente á la comedia, encendido en santo zelo, pidió al padre Lupo, célebre predicador capuchino, que le acompañase para dispersar aquella muchedumbre. Dejóse ver fray Félix con una pesada cruz sobre los hombros, y con una calavera en la mano, cuyo espectáculo puso en muda suspension á todo el concurso; y el fervoroso sermón que predicó despues el padre Lupo movió tanto á todos, que, abandonado el teatro, no se volvió á hablar de comedia en todo el carnaval.

Impúsose una ley de no mirar jamás el rostro á mujer alguna, y la guardó exactamente; siendo tan excesiva su atencion en materia de pureza, que era dicho comun que la naturaleza de fray Félix mas se parecia á la de los ángeles que á la de los hombres: tan grande era la mortificacion de sus sentidos.

Pero su virtud favorita fué la caridad con los pobres enfermos y con los vergonzantes. Obtenida licencia de sus prelados para hacerles todo el bien que pudiese, no solo pedia limosna para sus frailes; sino para los pobres vergonzantes y enfermos, siendo pocos los de una y otra clase que se escondian á las diligencias de su caridad. De dia visitaba los pobres de Roma, y por la noche los enfermos de la comunidad, acompañando siempre sus visitas con alguna limosna ó con algun refresco. Apenas habia doncella pobre que peligrase, ó familia honrada en urgente necesidad, que no hallase recurso en la caridad de Félix. Pasaba los domingos y los dias de fiesta

en los hospitales, y todos los de Roma le debieron el suplemento de lo que faltó á sus rentas en una hambre universal.

Su ardiente caridad con los pobres era hija del encendido amor de Dios que le abrasaba las entrañas, no siendo fácil explicar á qué grado llegó este seráfico amor. Tenia el de Jesucristo grabado en el corazón, y por eso apenas su sacratísimo nombre se le caía de la boca, no pronunciándolo jamás sin que se viesen sus ojos bañados en lágrimas de ternura. Todos los dias ayudaba á la primera misa que se celebraba en el convento, con tanta devocion que la comunicaba á los asistentes. Comulgaba en los primeros años tres veces á la semana; pero los quince últimos de su vida recibía la sagrada comunión todos los dias, y siempre tan lleno de fervor, que apenas podía pronunciar el *Confiteor Deo* por la abundancia de lágrimas que derramaba; haciéndose en él tan ordinaria esta devocion sensible, que solo pronunciar en su presencia el dulcísimo nombre de Jesus, ó decirle solamente: *Hermano fray Félix, Deo gratias*, bastaba para verle inflamado y lleno de fuego el semblante.

Correspondia al amor que tenia al Hijo el que profesaba á su santísima Madre. Ayunaba á pan y agua todas las visperas de sus festividades; los sábados la rezaba el rosario entero, y los demás dias una parte de él, pero siempre con tan devota ternura, que muchas veces se veía precisado á interrumpirlo. Llamábase el predilecto de la Virgen, de quien recibió favores muy singulares.

Haciendo oracion una noche en la iglesia de su convento, se sintió tan abrasado del divino amor, que, levantándose sin libertad, corrió apresurado al altar mayor, donde se veneraba una imágen de la santísima Virgen, y sin atender mas que á los amorosos impulsos de su encendido corazón, pidió á la

madre de misericordia que siquiera por un momento le permitiese imprimir los mas tiernos y mas reverentes ósculos en su dulcísimo Hijo. Al punto se le apareció la Virgen, y le puso al niño Jesus en los brazos. No es posible explicar ni los deliquios de amor, ni el torrente de suavísimas lágrimas que derramó nuestro santo durante aquel éxtasis maravilloso. ¡ Con qué ardor, con qué ternura abrazaria, acariciaria, besaria mil veces á su divino Salvador! Mas al fin era preciso restituir á la madre el preciosísimo tesoro; hizolo, pero fué eterna la impresion que hizo en su alma este singular favor, y con razon se escogió despues como por su emblema ó por divisa, como se ve en sus imágenes y retratos.

La humildad y la obediencia de Félix fueron á un mismo tiempo efecto y prueba de su eminente santidad. Aniquilábase, por decirlo así, delante de sus preladados y de cualquier sacerdote; y preguntado porqué hacia aquellos excesos de abatimiento, solo respondia: *Vosotros sois sacerdotes del Altísimo, y yo un pobre hermano lego.* Cuando volvia al convento despues de pedir limosna, su mayor gusto era emplearse en los mas bajos y mas penosos oficios de la casa. Siendo en Roma universalmente reconocido por santo, honrado del pueblo, de los principes, de los cardenales, y hasta de los mismos papas, él formaba tan bajo concepto de sí, que no acertaba á comprender cómo le toleraban dentro de la religion. Era ciega su obediencia, y para él cualquiera insinuacion del superior era un decreto.

Hacia el fin de su vida le probó el Señor con crueles dolores cólicos, para purificar su virtud y para aumentar sus merecimientos. Quanto mas vivos eran los dolores, mas sereno, mas apacible y mas risueño se manifestaba su semblante. Djole un dia el médico, que pues habia curado á tantos con el dulcísimo

nombre de Jesus, porqué no se valia de este mismo dulcísimo nombre, aunque no fuese mas que para mitigar en algo la fuerza de sus dolores. Respondióle el santo: *Porque es mucho mi amor propio, y no tengo valor para privarme de lo que es todo mi gusto y consuelo.*

Pero en fin, queriendo Dios poner término á sus trabajos y coronar sus merecimientos, le reveló el dia de su muerte; y el santo se dispuso para ella con tan visibles aumentos de devocion, de fervor y de ternura, que todos comprendieron que tenia noticia cierta de su postrera hora. Cayó enfermo el último dia de abril, y aunque apenas podía moverse, fué menester una órden expresa para que no fuese arrastrando á la iglesia muchas veces al dia. Diez y ocho duró su enfermedad, que fué una oracion continua. Luego que recibió los sacramentos, se quedó como enajenado en una especie de éxtasis; los ojos clavados en un objeto que solo él veia, sus ímpetus de amor y de alegría, y sus brazos extendidos hácia el mismo objeto, todo denotaba alguna cosa muy extraordinaria que pasaba en su alma. Un hermano que le asistia, y se llamaba fray Urbano, le preguntó que era lo que veia. ¿ *Pues qué,* le respondió Félix, *no ves á mi querida madre la santísima Virgen, acompañada de tantos ángeles que me llenan de gozo y de consuelo?* Un cuarto de hora despues volvió en sí, y advirtiéndole que antes debia de haber hablado algo, suplicó al guardian que le dejasen solo. En fin, el dia 18 de mayo del año de 1587, y á los 72 de su edad, casi sin haber entrado en la agonía, dejó la tierra para ir á recibir en el cielo la corona de sus trabajos y virtudes.

Luego que se publicó en Roma su muerte, corrió toda la ciudad al convento, apresurándose cada uno por besar el santo cadáver, y por lograr alguna de

sus reliquias. Los muchos milagros que obró en vida, y los que hizo Dios por su intercesion despues de muerto, le granjearon presto la veneracion del público. El papa Sixto V, en cuyo pontificado murió san Félix, prometia testificar con su mismo testimonio diez y ocho, y quiso él mismo beatificarle, pero no tuvo tiempo para hacerlo. Paulo V mandó trabajar en el proceso de su beatificacion, y Urbano VIII hizo la ceremonia, beatificándole solemnemente el año de 1625, y permitiendo su rezo á toda la religion de capuchinos. Finalmente, el año de 1712, el papa Clemente XI le canonizó, siendo celebrada en toda la cristiandad esta canonizacion con extraordinaria devocion y magnificencia.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Camerino, san Venancio mártir, que á la edad de quince años terminó con una gloriosa muerte los combates que habia sostenido por Jesucristo, habiendo sido decapitado con otros diez compañeros suyos, en tiempo del emperador Decio y del presidente Antioco.

En Egipto, san Dióscoro lector, contra el cual ejerció el gobernador todo género de crueldades hasta arrancarle las uñas y quemarle con hachas los costados, en cuya ejecucion habiendo aparecido de repente una luz del cielo, atemorizados los verdugos, cayeron en tierra; por último, habiéndole quemado con planchas encendidas, consumó su martirio.

En Espoleto, san Félix obispo, que alcanzó la palma del martirio en tiempo del emperador Maximiano.

En Egipto, san Potamion obispo, que, habiendo confesado ya la fe en tiempo de Maximiano Galerio, fué honrado con la corona del martirio en el imperio de Constancio bajo el presidente Filagrio arriano.

En Ancira en Galacia, san Teódoto mártir, y las santas Tecusa su tia, Alejandra, Claudia, Faine,

Eufrasia, Matrona y Julita virgenes, entregadas por el presidente á jóvenes atrevidos, pero preservadas de todo mal por la gracia de Dios: en seguida fueron sumergidas en un lago con una piedra al cuello. A Teódoto por haber recogido y enterrado las reliquias de estas santas, mandó el juez prenderlo y azotarlo cruelmente; por último, atravesado con una espada, recibió la corona del martirio.

En Upsal en Suecia, san Erico, rey y mártir.

En Roma, san Félix confesor, del orden de Capuchinos, ilustre por su caridad y sencillez evangélica, á quien el papa Clemente XI puso en el catálogo de los santos.

*La misa es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.*

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Felicis confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, Señor, benigno á las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Félix confesor tuyo, para que consigamos por su intercesion lo que no nos atrevemos á esperar de nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 3 de san Pablo á los Filipenses.*

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quem omnia detrimentum feci, et arbitrator ut stercora, ut Christum lucrificiam, et inveniar

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á

in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam quæ ex fide est Christi Jesu, quæ ex Deo est justitia in fide, ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius, configuratus morti ejus: si quo modo occurrerem ad resurrectionem, quæ est ex mortuis. Non quòd jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe, para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte, á fin de llegar de cualquier modo que sea á la resurreccion de los muertos. No por que ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

## NOTA.

« Bien sabido es que los cristianos de Filipos en » Macedonia, habiendo dado en muchas ocasiones á » san Pablo pruebas de su afecto y de su liberalidad, » le dieron nuevas muestras de su caridad luego que » supieron que estaba preso en Roma. Enviáronle á » Epafrodito, su obispo, y á la vuelta de este les es- » cribió san Pablo esta admirable carta, en la cual » da muy saludables é importantes instrucciones. »

## REFLEXIONES.

En comparacion de la eminente ciencia, que consiste en conocer bien á Jesucristo, todas las demás me parecen ignorancia: *Existimo omnia detrimentum esse, propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei.* Este es el lenguaje de todos los santos, y este fué siempre su verdadero dictámen; ¿es por ventura tambien el nuestro? Pero los santos ¿profesaron acaso

una religion distinta de la que nosotros profesamos, ó aprendieron diferente doctrina? Y siendo nuestras máximas tan opuestas á las suyas, siguiendo nosotros una práctica tan contraria al espíritu y á los principios del Evangelio, ¿podemos decir con verdad que profesamos la misma religion que ellos profesaron? No hay cosa mas monstruosa, ó por mejor decir mas irracional, que el sistema que en punto de religion se forjan las gentes del mundo. Quieren ser tenidos por cristianos, y así admiten todos los principios de la fe, y reconocen las verdades del cristianismo; pero llegando á la moral, la de Jesucristo los alborota; no hay que pensar en que se arreglen á lo que prescribe el Evangelio; la regla de sus costumbres ha de ser el impulso de sus pasiones. *He renunciado á todas las cosas*, dice san Pablo, *y todas ellas las he estimado por basura solo por ganar á Jesucristo.* Con efecto, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde á Jesucristo, pues perdiéndole se pierde á sí mismo? ¿Qué cosa podrá admitir en trueque por su alma? ¿Compréndese el dia de hoy esta verdad? ¿se la dá crédito? ¿Qué idea se forma hoy en el mundo de esto que se llama fortuna, herencia, dignidades? ¿Qué virtud resiste á la prueba del interés, sobre todo cuando se nació en los brazos de la pobreza? Y aun los que nacieron en los de la abundancia, ¿son acaso mas desinteresados? ¿Hácese grande aprecio de la eminente ciencia de Jesucristo, cuando se hace tan poco de su ley y de sus máximas? ¡Oh, y qué enorme diversidad de proceder, de concebir y de portarse se suele observar tal vez entre dos hermanas, entre dos hermanos! Uno se va á sepultar vivo en un claustro, porque el amor de Jesucristo le hace reputar por desgracias las aparentes felicidades que logra; otro brilla en el mundo, sobresale en las concurrencias, es como el alma de todas las diversiones; no halla

gusto sino en lo que satisface á los sentidos, solo estima lo que fementa la concupiscencia, y considera que no hay mas dicha ni mas felicidad que la de los bienes temporales. No todos han de ser religiosos, dicen ellos: es asi; pero todos deben ser cristianos, es decir, todos deben llevar una vida pura, ejemplar y mortificada; los estados de la vida son diferentes, pero la regla general de costumbres es una misma. Las perniciosas máximas del mundo no están menos prohibidas á los que hacen profesion de discipulos de Cristo en el siglo, que á los que le sirven en el claustro. No hay mas que una religion verdadera: luego no puede haber mas que una verdadera doctrina. Todo sistema de honestidad, de razon y de virtud que no es conforme con el Evangelio, es ilusion que debe causar lástima.

*El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quò fur non appropriat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

### MEDITACION.

DEL CORTO NÚMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que en todas edades, en todos tiempos fué corto el rebaño de los escogidos de Dios. ¿Qué era

una familia compuesta de solas ocho personas, comparadas con todos los habitadores del universo? Sin embargo, esta sola familia se escapó de las aguas del diluvio. De aquellas cinco grandes ciudades, á solas tres ó cuatro personas perdonó el fuego del cielo. Por espacio de muchos siglos no fué Dios conocido ni adorado sino en un rincon de la tierra. Despues se extendió por todo el universo la religion cristiana: pero ¡cuántos herejes hay! Y aun entre los católicos, aquellos á quienes plugo al Padre de las misericordias conceder el reino, ¿forman por ventura un gran rebaño? ¿qué te parece, serán muchos los que se salvan?

No hay mas que dos caminos para el cielo: la inocencia y la penitencia. El número de aquellas almas puras, que jamás fueron manchadas con el pecado mortal; el de aquellas almas privilegiadas que conservaron toda su vida la inocencia del bautismo, ¿te parece que es muy crecido? Y el de aquellas que despues de haber perdido la inocencia volvieron á la gracia por medio de la penitencia saludable, ¿juzgas que es muy grande? La corrupcion de costumbres se ha derramado por todas las edades y por todos los estados, el pecado inunda toda la tierra: ¿y hay en ella muchos penitentes verdaderos? ¿Hay muchos entre los grandes del mundo, en quienes tan frecuentemente reina el vicio con seguridad y con esplendor? ¿Hay muchos entre las señoras de alta clase, que á solo el nombre de penitencia se estremecen, si algunas ya no hacen burla de ella? ¿Hay muchos entre la gente de espada ó de letras, que con tanta facilidad suelen dispensarse en las leyes mas universales de la Iglesia? ¿Hay muchos entre esas personas de alguna distincion, que hasta en el sagrado tribunal de la penitencia quieren que se contemporice con ellas? ¿Hay muchos en fin entre el infimo pueblo, para el cual la